**La Noche la Cama Cayó** by James Thurber

Supongo que la marca alta de mi juventud en Columbus, Ohio, fue la noche en que la cama cayó sobre mi padre. Hace una mejor recitación (a menos que, como han dicho algunos amigos míos, se lo haya oído cinco o seis veces) que un escrito, ya que es casi necesario tirar muebles, sacudir las puertas y ladrar como un Perro, para prestar la atmósfera apropiada y la verosimilitud a lo que es cierto un cuento algo increíble. Sin embargo, sí tuvo lugar.

Sucedió, pues, que mi padre había decidido dormir en el ático una noche, estar lejos donde pudiera pensar. Mi madre se opuso firmemente a la idea porque, decía ella, la vieja cama de madera allí era insegura: era tambaleante y la pesada cabecera caía sobre la cabeza del padre en caso de que la cama cayera y lo matara. Sin embargo, no lo disuadió y, a las diez y cuarto, cerró la puerta del ático detrás de él y subió por la estrecha y estrecha escalera. Más tarde oímos crujidos ominosos mientras se arrastró hasta la cama. El abuelo, que por lo general dormía en la cama del ático cuando estaba con nosotros, había desaparecido algunos días antes. (En estas ocasiones solía irse seis u ocho días y volvía a gruñir y salir de mal humor, con la noticia de que la Unión Federal estaba dirigida por un montón de cabezas y que el Ejército del Potomac no tenía más oportunidad que un Perra del violinista.)

Teníamos que visitarnos en este momento un primer primo nervioso mío llamado Briggs Beall, que creía que era probable que dejar de respirar cuando estaba dormido. Era su sentimiento que si no se despertaba cada hora durante la noche, podría morir de asfixia. Había estado acostumbrado a poner un reloj de alarma para que sonara a intervalos hasta la mañana, pero lo persuadí para que lo abandonara. Él durmió en mi habitación y le dije que yo era un sueño tan ligero que si alguien deja de respirar en la misma habitación conmigo, me despertaría al instante. Me probó la primera noche, que yo sospechaba que lo haría, conteniendo el aliento después de que mi respiración regular lo hubiera convencido de que estaba dormido. No estaba dormido, sin embargo, y le llamé. Esto pareció apaciguar un poco sus miedos, pero tomó la precaución de poner una copa de ánfora de alcanfor en una mesita en la cabecera de su cama. En caso de que no lo despertara hasta que casi se fuera, dijo, olfatearía el alcanfor, un poderoso revivir. Briggs no era el único miembro de su familia que tenía sus tejer. La vieja tía Clarissa Beall (que podía silbar como un hombre, con dos dedos en la boca) sufrió bajo la premonición de que estaba destinada a morir en Calle Principal Sur, porque había nacido en Calle Principal Sur y se había casado en Calle Principal Sur. Luego estaba la tía Sarah Shoaf, que nunca se acostaba por la noche sin el temor de que un ladrón fuera a entrar y soplara cloroformo debajo de su puerta a través de un tubo. Para evitar esta calamidad, porque estaba más temida por los anestésicos que por la pérdida de los artículos de su casa, siempre apilaba su dinero, cubiertos y otros objetos de valor en una pila ordenada justo fuera de su dormitorio, con una nota que decía: tener. Por favor, tómela y no use su cloroformo, ya que esto es todo lo que tengo. "Tía Gracie Shoaf también tenía una fobia contra ladrones, pero lo encontró con más fuerza. Estaba segura de que los ladrones habían entrado en su casa todas las noches durante cuarenta años. El hecho de que nunca le faltase nada era para ella ninguna prueba de lo contrario. Ella siempre afirmó que los asustó antes de que pudieran tomar algo, lanzando zapatos por el pasillo. Cuando se iba a la cama se amontonaba, donde podía llegar a ellos con facilidad, todos los zapatos que había alrededor de su casa. Cinco minutos después de haber apagado la luz, se sentaba en la cama y decía "¡Hark!" Su marido, que había aprendido a ignorar toda la situación en 1903, o bien estaría dormido o fingiría estar profundamente dormido. En cualquier caso, él no respondía a su tirón y tirón, de modo que al poco rato se levantaría, de puntillas a la puerta, la abriría ligeramente y sacaría un zapato por el pasillo en una dirección y su compañero por el pasillo en la otra dirección. Algunas noches las arrojaba todas, algunas noches sólo un par de pares.

Pero me estoy desviando de los incidentes notables que tuvieron lugar durante la noche que la cama cayó sobre el padre. A medianoche todos estábamos en la cama. La disposición de las habitaciones y la disposición de sus ocupantes es importante para comprender lo que más tarde ocurrió. En la habitación de arriba (justo debajo del dormitorio del ático del padre) estaba mi madre y mi hermano Herman, que a veces cantaba en sueños, generalmente Marchando a través de Georgia "o" Adelante, los soldados cristianos. Briggs Beall y yo estábamos en una habitación contigua éste. Mi hermano Roy estaba en una habitación al otro lado del pasillo de la nuestra. Nuestro toro terrier, Rex, dormía en el pasillo.

Mi cama era una cama de hierro, una de esas cosas que se hacen lo suficientemente amplias como para dormir cómodamente, sólo poniendo, plano con la sección media, los dos lados que ordinariamente cuelgan como los aparadores de una mesa de hoja caída. Cuando estos lados están hacia arriba, es peligroso rodar demasiado lejos hacia el borde, para entonces la cuna es probable que se incline completamente, trayendo la cama entera abajo en la parte superior de uno con un choque tremendo golpeando. Esto, de hecho, es precisamente lo que sucedió, alrededor de las dos de la mañana. (Fue mi madre quien, recordando la escena más tarde, se refirió por primera vez a ella como "la noche en que la cama cayó sobre tu padre").

Siempre con un sueño profundo, lento para despertar (había mentido a Briggs), al principio no estaba consciente de lo que había sucedido cuando la cuna de hierro me rodó al suelo y me derribó. Me dejó todavía bien acurrucado e ileso, pues la cama descansaba sobre mí como un dosel. Por lo tanto no me desperté, sólo alcanzó el borde de la conciencia y volvió. La raqueta, sin embargo, despertó de inmediato a mi madre, en la habitación de al lado, que llegó a la conclusión inmediata de que su peor temor se daba cuenta: la gran cama de madera que había en el piso superior había caído sobre su padre. Por lo tanto, gritó: "¡Vamos a tu pobre padre! ”Fue este grito, más que el ruido de mi cuna cayendo, lo que despertó a mi hermano Herman, en la misma habitación que ella. Pensó que la madre se había convertido, sin razón aparente, histérica. -¡Estás bien, mamá! -gritó, tratando de calmarla. Ellos intercambiaron gritos de grito por unos diez segundos: "¡Vamos a tu pobre padre!" Y "¡Estás bien!" Eso despertó a Briggs. En este momento yo era consciente de lo que estaba sucediendo, de una manera vaga, pero aún no me di cuenta de que estaba debajo de mi cama en lugar de hacerlo. Briggs, despertando en medio de gritos de miedo y aprensión, llegó a la conclusión rápida que él era sofocante y que todos estábamos tratando de "sacarlo". Con un gemido, tomó la copa de alcanfor a la cabeza De su cama y en lugar de olfatearla la vertió sobre sí mismo. La habitación apestaba a alcanfor. -¡Uff, ahfg! -exclamó Briggs, como un hombre que se ahogaba, porque casi había logrado detener el aliento bajo el diluvio de espíritus pungentes-. Saltó de la cama y buscó la ventana abierta, pero se encontró con uno que estaba cerrado. Con la mano, golpeó la copa, y pude oírla estrellarse y tintinear en el callejón de abajo. Fue en esta coyuntura que, al intentar levantarme, tuve la extraña sensación de sentir mi cama sobre mí! Niebla con el sueño, ahora sospechaba, a mi vez, que todo el alboroto se ha realizado en un esfuerzo frenético para mí salir de lo que debe ser una situación inaudita y peligrosa. "¡Sáquenme de esto!", Grité. "¡Sácame de aquí!" Creo que tuve la terrible creencia de que estaba sepultado en una mina. -¡Gügh! -gimió Briggs, jadeando en su alcanfor.

En ese momento mi madre, todavía gritando, perseguida por Herman, todavía gritando, estaba tratando de abrir la puerta del ático, para subir y sacar el cuerpo de mi padre de los restos. Sin embargo, la puerta estaba atascada y no cedía. Su tirada frenética sólo aumentó el golpe general y la confusión. Roy y el perro estaban levantados, el uno gritando preguntas, el otro ladrando.

El padre, más alejado y más dormido, había sido despertado por los golpes en la puerta del ático. Decidió que la casa estaba en llamas. -¡Voy, vengo! -gimoteó con voz lenta y soñolienta. Le tomó muchos minutos recuperar la conciencia. Mi madre, creyendo todavía que estaba atrapado debajo de la cama, detectó en su "I'm coming!" La triste y resignada nota de aquel que se prepara para encontrarse con su Hacedor. ¡Está muriendo! -gritó.

¡Está bien! -gritó Briggs, para tranquilizarla-. "¡Estoy bien!" Él seguía creyendo que era su propia cercanía a la muerte lo que preocupaba a su madre. Encontré al fin el interruptor de luz en mi habitación, abrí la puerta, y Briggs y yo nos unimos a los demás en la puerta del ático. El perro, que nunca hizo como Briggs, saltó por él, suponiendo que era el culpable de lo que estaba pasando, y Roy tuvo que tirar a Rex y sujetarlo. Podíamos oír a padre gateando fuera de la cama arriba. Roy abrió la puerta del ático, con un poderoso tirón, y su padre bajó las escaleras, soñoliento e irritable, pero seguro y sano. Mi madre empezó a llorar cuando lo vio. Rex empezó a aullar. "¿Qué en el nombre de Dios está pasando aquí?" Preguntó padre.

La situación fue finalmente reunida como un gigantesco rompecabezas. El padre cogió un resfriado de merodeando en sus pies descalzos, pero no hubo otros malos resultados. "Me alegro", dijo la madre, que siempre miraba el lado positivo de las cosas, "que tu abuelo no estaba aquí."